

# El egoísmo y cómo superarlo






## Querida hija... Querido hijo...

En esta carta sigamos considerando algunas piedras que frecuentemente estorban la marcha de muchos jóvenes y de las que confío alcanzarás a librarte.

Dijo Pablo: "Ninguno de nosotros vive para sí mismo ni muere para sí mismo" (Romanos 14: 7). Por su parte **Metastasio** afirmó: "No mereció nacer quien solo vive para sí". Aunque esta expresión puede parecer demasiado fuerte, cuando pienses en lo que es un egoísta o en lo que es el egoísmo reconocerás sin duda que, en las palabras que te acabo de citar, el poeta italiano decía una gran verdad.

**El egoísta es siempre un espectáculo repugnante.** Es algo así como un voraz gusano que por donde pasa lo devora todo. Para él no existen más intereses que los propios. Sus opiniones son las únicas que merecen ser tenidas en cuenta. Sus necesidades son siempre superiores a las de los demás. De hecho, parece incapacitado para comprender la necesidad ajena. Es duro como una piedra con los demás, ya que para su mentalidad, que es más estrecha a medida que es más egoísta, el mundo se reduce a él mismo. Los demás no tienen importancia. Tú conoces la historia de **Alcibíades**, aquel inescrupuloso y extravagante general ateniense. Alguien le preguntó una vez a **Sócrates** por qué **Alcibíades**, que había viajado tanto y había conocido la





mayor parte del mundo, era un hombre que jamás estaba contento. La respuesta fue: “Porque dondequiera que va siempre lleva su yo consigo”. **Nunca encontrarás un egoísta contento.**

- El egoísta es un egocéntrico, y aunque no lo confiese, siente que todo el mundo gira o tiene que girar en torno suyo.
- Quiere ser él quien posea lo mejor de todas las cosas y no tolera que otro tenga lo que él no tiene.
- Si alguien alcanza una posición más destacada que la suya, o si alguien posee algo que él no puede obtener, siente arder dentro de su corazón una verdadera hoguera que consume todo sentimiento noble.
- El egoísta está convencido de que sus opiniones son mejores que las de los demás.
- Su inteligencia es la más brillante y ¡hay del que se atreva a dudar de él!
- Llega, en su extravío, aunque esto parezca una simpleza, a creer que hasta sus enfermedades son más terribles que las enfermedades de los demás y que por lo tanto merece más consideración que nadie. Habla constantemente de esas enfermedades, las mima y cree que todo el mundo tiene la obligación de mimarlas con él.
- Jamás está satisfecho con lo que tiene. Vive martirizado por lo que no posee. Vive pensando en lo que cree que le falta. Se desespera y es infeliz, y la codicia roe su corazón.

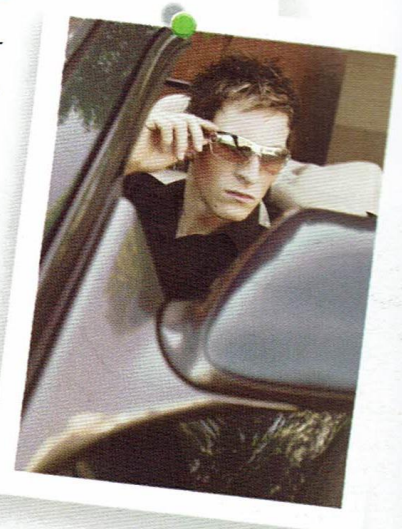
Con cuánta verdad dijo el patriarca: “Entregarse a la amargura o a la pasión es una necesidad que lleva a la muerte” (Job 5: 2). Quizás tenga razón **Montalvo** cuando dice que “para la codicia nada es sagrado. Si el **ave Fénix** cayera en sus manos, se la comería o la vendería”. El egoísta, lleno de codicia y envidia, vive ofuscado, dando razón al dicho de que “**la envidia es ciega**”.




Se cuenta que un día la Maldad y la Impotencia se dieron la mano. De tan menguada unión solo podía resultar un fruto mezquino y raquítico y así fue en efecto: nació la Envidia. Desde su más temprana edad reveló un odio mortal contra todo lo que es puro y grande. Llegó a odiar hasta al mismo sol, cuyo calor le daba vida. Un día que la Envidia contemplaba un rayo del luminoso astro desde la ventana, tuvo la idea de sepultarlo y empezó a echar sobre él paladas de tierra. Corrieron en su auxilio el Odio y la Impotencia, pero en vano. El rayo de sol brillaba siempre. A gritos pidió la Envidia el esfuerzo de las comadres del barrio. Doña Ignorancia acudió con un cargamento de torpezas. Doña Ineptitud con sus tonterías; doña Indignidad con sus odres de residuos, y doña Calumnia con sus infamias. Mas el sol brillaba siempre. Vencida la Envidia, cayó sobre aquel montón de escorias debatiéndose furiosamente ante la imposibilidad de sepultar a su enemigo. Cuando salió del letargo en que la sumió la ira, en vano buscó al luminoso rayo de sol. Estaba ciega.

Sí, hijo mío, quienquiera que obre bajo los impulsos de la envidia será guiado por un sentimiento ciego e innoble. Dijo La Rochefoucauld: "La verdadera prueba de que se ha nacido con grandes cualidades estriba en haber nacido sin envidia".

Te dije antes que todo egoísta es codicioso, y es este un pecado tan grande, abarca tanto y significa tanto en la vida de quien lo sufre, que es objeto de uno de los diez mandamientos de la ley divina. Dice así: "No codicies la casa de tu prójimo: no codicies su mujer, ni su esclavo, ni su esclava,








ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca” (Éxodo 20: 17).  
¿No son claras las palabras del décimo mandamiento?

Se cuenta la historia de un hombre muy **avaro** y egoísta que vendió cuanto poseía, lo redujo todo a un trozo de oro y lo enterró en un lugar oculto que visitaba frecuentemente para **recrearse** en su contemplación. Observado por un vecino suyo, este desenterró el tesoro y se lo llevó. Puedes imaginarte que el desconsuelo del avaro al enterarse del robo no tuvo límites y comenzó a llorar, a desesperarse y a arrancarse los cabellos. Cuando se enteró de la causa de su dolor, un amigo le dijo: “¿Para qué te servía un tesoro que tenías oculto y que no utilizabas? Coloca una piedra en su lugar, imagínate que es oro, y te prestará el mismo servicio que lo robado”.



Hija mía... hijo mío, el egoísta padece de una constante preocupación porque se respeten sus derechos y se siente ofendido por cualquier **nimiedad**. Parece hallarse en estado de permanente alerta contra su prójimo y en todo suele ver desprecios, insultos y afrentas. Sospecha de los motivos de los demás, imagina que quienes lo rodean están siempre **conspirando** contra él. De ahí que viva lleno de desconfianza y pesimismo. **No comprende que la felicidad estriba no en lo que se quiere, sino en lo que se tiene.** Ignora que la felicidad radica en olvidarnos de nosotros mismos para interesarnos en los demás, porque cuando fijamos la vista en nuestra propia persona y nos comparamos con nosotros mismos, **perdemos el sentido de la proporción.** Llegamos a un punto en que nos magnificamos tan desmedidamente que caemos en el terreno del **absurdo.** Naturalmente, cosechamos la **antipatía** de los demás.

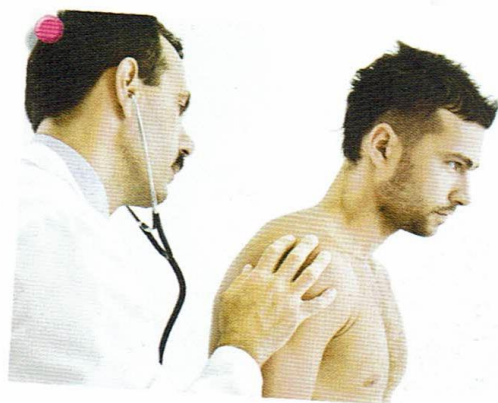
¿Que a veces el egoísta lamenta la **vaciedad** de su vida por los daños que ha ido causando día tras día a los demás y a sí mismo? Te digo que a menos que el suyo sea un arrepentimiento verdadero, podrá apli-



cársele con toda propiedad la siguiente **copla** popular: “El señor don Juan de Robles, con caridad sin igual, mandó hacer este hospital, pero antes hizo los pobres”.

Para librarnos del egoísmo es necesario que aprendamos a negarnos a nosotros mismos. Es menester que aprendamos a colocarnos en el último lugar, no en el primero. Es necesario que reconozcamos que los demás tienen iguales necesidades que nosotros, iguales sentimientos, iguales privilegios e iguales derechos.

**Hija mía... hijo mío, sé siempre generoso.** Así la envidia no atormentará tu espíritu. Vive feliz y contento con lo que tengas. Lucha por conseguir lo que te falte, pero con armas nobles y en el terreno del honor. Está siempre dispuesto a todos los sacrificios en favor de los demás. ¿Has oído el caso de Santiago, aquel niño de trece años cuya hermanita fue sometida a una operación que motivó le hicieran una **transfusión**? Se analizó la sangre de cada una de las personas mayores de su familia, pero ninguna la tenía del mismo tipo que María, la niña enferma, excepto su hermanito Santiago. El médico le preguntó:



—Santiago, ¿estarías dispuesto a dar parte de tu sangre a tu hermanita?

Santiago pensó un instante y luego dijo:

—Sí, doctor, si ella la necesita.

La necesidad era realmente grande. Se preparó al niño para la transfusión y durante los preparativos, el médico notó que Santiago palidecía intensamente sin que aparentemente hubiera razón para ello.





—¿Te sientes mal? —preguntó el médico.

—No, doctor, pero quisiera saber cuándo voy a morir.

—¿Morir? ¿Te parece que una persona muere cuando da un poco de sangre? —preguntó el médico asombrado.

—Sí, doctor —contestó el niño.

—¿Y tú estabas dispuesto a dar tu vida para poder salvar la de María?

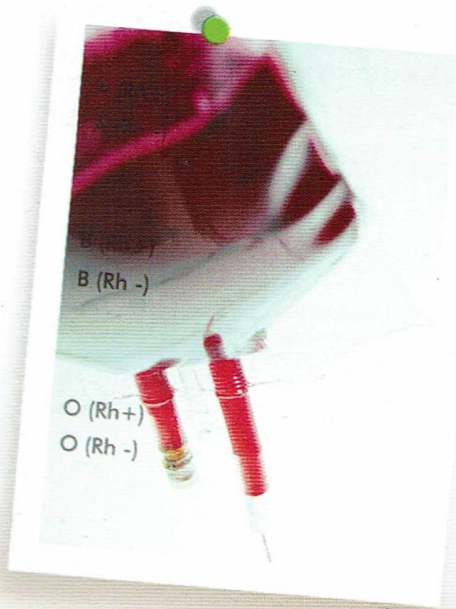
—Sí, doctor —repuso cándidamente el niño.

¿Conoces tú, hijo mío, un caso de generosidad, de desinterés y de heroísmo más grande que este? ¿Puede haberlo?

Hijo mío, nunca seas quisquilloso. Deja a un lado cualquier amor propio desmedido. Olvida las heridas que a tu parecer te estén infligiendo. No te escudes detrás de la palabra “dignidad”. Con frecuencia lo que designamos con el nombre de dignidad no es más que orgullo y vanidad. Habla menos de tus derechos individuales. Piensa más en tu prójimo. Respeta la dignidad ajena y los derechos de quienes te rodean.

Decía Luis Franco: “Los hombres y las hormigas creen que el mundo es estrecho para ellos. Pero los planetas no se estorban entre sí”. Hijo mío, sé amplio y grande como los planetas y no minúsculo como las hormigas. Destierra el egoísmo y serás feliz.

Ten siempre presente el divino principio del amor. Recuerda las palabras del apóstol: “El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Juan 4: 8). Este es el problema de la civilización actual. Ya lo





notarás, hoy no se ama; por lo tanto, no se conoce a Dios. De ahí que florezca el egoísmo como una flor de mal, para sofocar y consumir aun a los creyentes. Por eso, el cristianismo resulta vacío, sin altruismo, atormentado. Carece de espíritu de sacrificio.

Sé siempre generoso. Dijo el Señor Jesús: “Más bienaventurada cosa es dar que recibir”. ¿Has pensado profundamente en el ejemplo de generosidad, de desinterés y de falta de egoísmo que nos dio el Señor Jesucristo? Era el Hijo de Dios. Él mismo era Dios. Sin embargo, dejó toda su riqueza en los cielos, se despojó de su gloria y de su grandeza, y vino a este mundo para tomar la naturaleza humana, la tuya y la mía (Efesios 2: 6-8). Después de comenzar su vida pública, durante tres años y medio sufrió mucho más de lo que tú y yo podemos siquiera imaginar. Pero Sus labios no pronunciaron jamás una queja. Todo lo sufrió generosamente por nosotros, porque vino para hacer posible nuestra salvación.

Sigue, hija mía... hijo mío, el divino ejemplo de generosidad y de nobleza que nos dio el Maestro de Galilea. Hazlo, y serás feliz. Vivirás contento y no sufrirás la tortura de lo que no tienes, ni te preocupará el hecho de que otros consigan cosas que para ti están vedadas. Sabrás vivir felizmente con lo que tengas y en lugar de sentir que la envidia te roe el corazón experimentarás una inefable sensación de paz y de tranquilidad que brotará de tu generosidad y de la presencia del Señor Jesucristo que morará en tu corazón, porque de él estará ausente toda sordidez.

